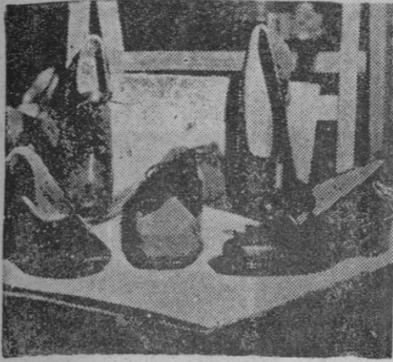


La gracia está en los pies



Las mujeres han llegado a comprobar que si gran parte de la compostura de su silueta depende de la línea de sus piernas, la gracia de sus piernas estriba en la galanura de su calzado. El calzado topolino, llegado con la guerra a la comodidad de evitar los accidentes, la ventaja de disimular las pantorrillas feas y hacer más alta y esbelta la figura. El zapato de tacón alto da más elegancia, mayor relieve, y es insustituible para completar un aderezo femenino de verdadera distinción. Pero no es práctico. No es práctico como el tipo «sport» de tacón bajo y líneas un poco masculinas, pero que excluye todo peligro de tropezones, e incluso de piropeos. No obstante, los modernos fabricantes han llegado, en este tipo, a coordinar la femineidad con la practicidad del calzado. Como ejemplo presentamos la fotografía de arriba.

Zapatos de materia plástica, he aquí el regalo de Año Nuevo para los londinenses. En la foto podemos apreciar cinco tipos de esta nueva modalidad de calzado que están a punto de lanzarse al mercado. La disminución de cuero que experimentan en su fabricación es notable y favorecerá la escasez de esta materia que se nota en Inglaterra.

SAMUEL ROS en el recuerdo

AHORA ha hecho un año que murió el escritor levantino Samuel Ros, cuya obra estaba enraizada a Madrid y en parte a la generación que Giménez Caballero ha titulado de «nieves del 98». Toda la obra de Samuel Ros—novela, teatro, periodismo— está como inmersa en un suave baño de melancolía, de un humorismo poético, inteligente. Una de las primeras obras que de él leímos—«El ventrílocuo y la muda», presentada en una colección de humoristas— tenía indudables influencias del ingenio, del estilo o la manera de Ramón Gómez de la Serna. Últimamente Samuel Ros dedicó casi toda su labor al periódico



diario, publicando en «Arriba» una sección diaria, numerosos artículos y relatos breves en los que su manera personal, su gran cultura y su espléndida vida interior quedaron bien comprendidos. En «Arriba» precisamente, una madrugada de friolero diciembre, conocimos a Samuel. Nos habíamos acercado hasta él con muchísimo respeto que, inmediatamente y por su voluntad, le perdimos.—«Cómo es posible haciendo periodismo en provincias, vestir tal estupendamente?». Se lo explicamos como Dios nos dio a entender, quitando importancia a la vestimenta (1).—«Hijo, pues habrá que ir a Mallorca». Luego seguimos hablando de infinitas cosas y salió a relucir el nombre de Miguel Villalonga, por cuya personalidad literaria Samuel parecía sentir vivo interés. Al marchar de «Arriba» nos llevamos la amistad y la imagen de Samuel al que ya no volveríamos a ver.

B.

Cuando de provincias se va a Madrid, ¿quién no dispone de un traje «nuevo» que llevarse en la maleta? El misterio no era otro.



Tercera época

Núm. 37

La empresa, gran familia

Los «grupos de empresa» revelan que se ha cerrado la etapa de lucha de clases y que entramos en la de la armonía del trabajo



La acción sindical ha sustituido el concepto horizontal de las clases por la armonía de todos los elementos de la producción en la unidad empresa. Para que la economía se restaure con firmeza, es necesario que las frías relaciones entre capital, técnica y mano de obra se caldeen en un ambiente de cordialidad. Los intereses de unos y otros residen en la empresa, y es más lógica la solidaridad de cuantos intervienen en una misma fábrica, en un mismo edificio, en un mismo taller, que la que puede derivarse del ejercicio de una misma profesión o de su clasificación en una zona proletaria, media o capitalista. Los que a diario mantienen el contacto del común trabajo, los que cooperan en la misma máquina o confeccionan la misma prenda o el mismo aparato, se conocen, se estiman y se respetan constantemente. Todo lo que signifique establecimiento de grupos, estamentos o separaciones entre los diversos elementos, contribuirá a crear tirantezas, disgustos, y redundará en perjuicio de cuantos en la empresa intervienen. Por entenderlo así, se tiende ahora a robustecer la entidad «empresa»; a conseguir que todas las inquietudes y todas las alegrías de los que integran aquélla, sean por todos compartidas. La empresa se convertirá así en una



gran familia, que velará con amor y providencia por todas las necesidades de sus miembros. En definitiva, habiendo evolucionado el concepto de salario desde su significación liberal de precio del trabajo, a la cristiana de subvención de las necesidades del obrero, el salario que el obrero obtiene en su taller, en su fábrica o en su oficina debe ser suficiente para atender sus menesteres personales y familiares.

Las empresas españolas, impulsadas por estas verdades y estimuladas por un noble afán cristiano y patriótico, caminan resueltamente en esta consoladora y esperanzadora dirección. Ya no solamente han ayudado a sus obreros a salvar las dificultades actuales con el establecimiento de economatos, cocinas y comedores, sino que velando por su salud han rebasado las exigencias de gales convirtiendo sus instalaciones en lugares limpios, sanos y hasta hermosos. Y todavía, para contribuir con mayor rigor a su deseo de armonía, han dotado a sus trabajadores de escuelas, bibliotecas, parques, salas de juego, campos de deportes, guarderías infantiles, salas maternas, consultorios y clínicas, grupos de viviendas, etc.

Publicamos aquí algunas fotografías que revelan esta corriente en el ámbito nacional. Al mismo tiempo ofrecemos a las empresas mallorquinas nuestras columnas para publicar en ellas las mejoras que en este sentido introduzcan.

Un «oasis» para los soldados norteamericanos de Tokio



El distrito tokiota de Ginza es el paraíso de las «geishas»... y de los soldados norteamericanos de guarnición en Tokio, cuando tienen dinero para gastar. Este «oasis» de Ginza es un antiguo refugio antiaéreo en lo que fue el Broadway de Tokio. En él, soldados y marineros de los EE. UU. bailan con las geishas al precio de cinco yens por 10 bailes. Estas «taxi-geishas», entre baile y baile, entretienen al hombretón de Texas, de Virginia o de California con agradables maneras. Son unas 500 las que trabajan en este vasto y subterráneo club nocturno y todas ellas demuestran ya el más perfecto y depurado conocimiento de los bailes modernos norteamericanos— que es decir universales— incluso los pasos, más trepidantes y complicados del «boogie» y del «jitterbug».

Las noches del soldado libre de servicio, no pueden ser más entretenidas con estas quinientas y pico bellezas del Sol Naciente que pululan por entre el «Oasis de Ginza».



Tablero de la curiosidad

NADA MENOS QUE NUEVE

En los Estados Unidos hay ocho poblaciones que llevan el nombre de Madrid.

EL VIOLIN NO COME

Una de las cosas que más molesta al célebre violinista Paganini cuando le invitaban a comer, era tener que tocar alguna pieza para satisfacer a los dueños de la casa, e invariablemente cuando le decían: «Venga a comer con nosotros... pero no olvide el violín», les respondía: —Mi violín no come nunca fuera de casa.

SEXO DEBIL

En Glendalo, California la señora Chet Swital puso en fuga a un ratero que intentaba quitarle el bolso, amenazándole con un libro. El libro se titula: «Las mujeres entienden de negocios».

DESPISTE

Un oficial del ejército interrumpió su parlamento de rendición en un punto aislado del norte de Luzón (Filipinas) para preguntar al teniente coronel Shizume Sushili si a sus oídos habían llegado noticias de la bomba atómica. El japonés, deseoso de saber más contestó preguntando: —¿Cuántas bajas hemos hecho a los yanquis con ella?

UNA PIEDRA CADA MES

Desde hace bastante tiempo es corriente el ofrecer como regalo a una muchacha o bien a una señora joven la piedra que trae suerte correspondiente al mes de su nacimiento.

Este talismán va montado en sortija, en broche o bien en pendientes. Al joyero corresponde presentar con arte la piedra del mes.

He aquí las piedras que daban ofrecerse según los meses del año.
Enero, jacinto.
Febrero, amatista.
Marzo, rubí.

Mayo, esmeralda.

Junio, ágata.

Julio, diamante.

Agosto, granate.

Septiembre, agua marina.

Noviembre, topacio.

Diciembre, turquesa.

¿QUIERE UN CANARIO DE OTRO COLOR?

Los canarios a quienes se da a comer pimienta de Cayena cambian de color pasando del amarillo de su plumaje al rojo.

COMO ALGUNAS MUJERES

El bambú no florece hasta los treinta años.

DIENTES HIPOPOTAMICOS

Hace años se fabrican dientes artificiales con marfil de hipopótamo, y aseguran que son muy resistentes.

AL PRECIO DEL ACEITE

No es económico tener un elefante. Cuando esos animales están cautivos hay que darles aceite en la piel, por lo menos una vez al año.



—El hotel tiene muy buenas vistas, sobre todo por la parte de la estación.
—¿Qué se ve desde allí?
—La cara que ponen los viajeros cuando se les escapa el tren.

Adorable Compañera

El hombre y nuestros vestidos

—¿Lista? Siempre me has de hacer esperar.

—¡Ya estoy! ¡Ya estoy! —grita la mujer desde la otra punta de la casa, y a los pocos minutos aparece con su mejor sombrero nuevo. El marido se queda un rato contemplándola. En su interior, lucha lo que le aburre seguir esperando contra el desagrado de ir al lado de su mujer mientras ella lleve el sombrero de tal altura que él resulte menguado. Puede, por fin, la vanidad.

—¡No pensarás que voy a ir contigo y... ese sombrero!

—¿Qué le pasa a mi sombrero? ¡Es precioso!

El mal humor del marido aumenta. No quiere confesar la razón de su intransigencia, y esta misma reserva le hace ponerse más furioso. La discusión sigue y termina en cada caso según el precio del sombrero o el buen carácter de la mujer. Pero en este caso al menos, el marido tenía una razón, fuese más o menos noble para protestar. En la mayoría de las ocasiones, esta razón no existe, y los hombres critican el vestir de sus mujeres por que sí.

—¿Dónde vas disfrazada de Napoleón? — dirán a la que lleva una levita un poco larga.

—¿Es que llevas hábito de Nazareno? — preguntarán a la que viste de morado.

—¿Ese abrigo es una broma? — si esa prenda difiere en lo más mínimo de lo usual.

Y así sucesivamente. Afortunadamente, hasta la mujer más tímida o más sumisa es una fortaleza de decisión en lo que se refiere a sus vestidos; si no, las pobrecitas estarían perdidas. Pero lo que nos parece peor de estas críticas masculinas es la irresponsabilidad que representan. ¿Qué sucedería si por un momento tomáramos en cuenta estos consejos?

—Esos zapatos no le van a ese traje — decidirá un señor cualquiera mirando a su señora.

Pero si ella pregunta:

—¿De qué color entonces me los debo poner?

La contestación será seguramente:

—¡Ah, eso yo no lo sé!

Y la verdad, esto no vale.

Nosotras quizá tengamos ideas equivocadas, y habría mucho que hablar sobre esto, referente al atuendo masculino; pero al menos sabemos divinamente lo que nos gusta y cómo nos gusta. La crítica negativa es siempre demoleadora y de mal gusto. Y es que los hombres no nos entienden. Se ha escrito mucho del misterio femenino y aun si ese misterio existía o no existía. Últimamente parece que la mayoría de las opiniones son de que el tal misterio es un cuento. El Hombre, con mayúscula, se siente Santo Tomás y ha decidido que son muchos siglos hablando de semejante cosa sin que nadie lo haya visto ni tocado, con lo cual han borra-

do de sus preocupaciones este problema. Pero también como Santo Tomás están equivocados. Lo que pasa es que el secreto es otro. Y no es que lo vayamos a descubrir en estas páginas pero modestamente aconsejaríamos a esos señores que tuvieran un poco más de consideración y hasta de lógica en sus comentarios sobre los vestidos femeninos.

4 pensamientos

Amar es un gran negocio: hay que ser valiente para querer.
AFREDO DE MUSSET

El talento de la mayoría de las mujeres sirve más para dar fuerza a sus locuras que a su razón.

LA ROCHEFOUCAULD

Los hombres son el diablo, según dicen las mujeres, y siempre son ellas las que desean que el diablo se las lleve.
(REFRAN POPULAR)

La metralla disparada por dos ojos negros, verdes o azules, hay pocas fortalezas que puedan resistirla.

SEVERO CATALINA

Recetas de cocina



SOLOMILLO MECHADO Y ASADO

Cantidad: un poco, a voluntad, pues lo que sobre, servido en frío, es exquisito y si se quiere la cantidad justa, tres cuartos de kilo es suficiente; el solomillo de vaca es el mejor para los asados, y, como todas las carnes, es preferible que no sea de vaca recién matada, sino que, por el contrario, lleve varios días, pues mientras más descansada esté, más tierna resulta.

Se despoja el trozo de solomillo de piltrafas y pellejos, con la aguja de mechar se le introducen unas tiritas de tocino de jamón; se ata cuidadosamente y coloca en una tartera, sazonándolo, y poniendo 60 gramos de mantequilla o una cucharada colmada de manteca de cerdo, y se mete en el horno vivo a asar.

Puede servirse acompañado de un puré de patatas, o una ensalada, o con ambas cosas.

SIN TI...

Y se me va la vida como un soplo de viento que, sin cortarla, al paso, le dió un beso a una flor. No remontan los rios su curso hacia su fuente y el sol de cada día no es nunca el mismo sol.

Tú eres la grilla inmóvil del río de mi vida; junto al agua que «pasas» tú eres la flor que está y el minuto que muere se muere para siempre, y si ya no fué tuyo... ya nunca lo será.

Sin ti las primaveras que para ti soñaba, sin ti la tarde aquella con aquel tibio olor sin ti aquellas acacias en la noche infinita y en la mañana clara, sin ti mi corazón.

Y lo que hemos soñado pero nunca tuvimos — la noche que no vino, la tarde que no fué... — ¿es ilusión o vida? ¿La arena es sólo arena cuando sobre ella guarda la huella de tu pie?

No es ilusión ni sueño. Lo que pudo y no ha sido fué ya en cierta manera de ausencia y de dolor. Sin ti, pues, si no queda más remedio, mi vida. Sin ti... ¡pero contigo dentro de mi ilusión!

JOSE MARIA PEMAN

mos a descubrir en estas páginas pero modestamente aconsejaríamos a esos señores que tuvieran un poco más de consideración y hasta de lógica en sus comentarios sobre los vestidos femeninos.

Si los hombres pudieran leer algunos corazones femeninos mientras sus dueñas les contestan con la sonrisa en los labios, quedarían aquellos bastante sorprendidos. Y es que la mujer que sale a la calle convencida de ir bien vestida lleva en sí potencia, una energía y una fuerza comparable a la de un carro de combate. Con esto creo que quedan muchas cosas explicadas.

MARICHU DE LA MORA



EL COMPLEMENTO DE TU HOGAR ES LA

REVISTA

PRIMEROS PLANOS



Ann Sothorn, la bella actriz de la Metro-Goldwin-Mayer, en una de sus últimas películas

Dar que reír al demonio

UN CUENTO RELAMPAGO Don Cándido, viaja en autobús



—Permítame que la presente a mi marido.



DESCUARTIZADO —Reconstruir el crimen está muy bien... Pero, ¿no sería mejor reconstruir la víctima?



—Deseo dos camiones, pero ponga mucho cuidado en que sean elegantes: ¡Soy sonámbulo!

AQUEL autobús desbordaba gente por sus estriberas, y en su interior, la gente se apretujaba, se comprimía y se pisoteaba, lo que es corriente en semejantes casos.

En un rincón, muy acurrucado viajaba don Cándido: un hombre tímido si los hay, y sin el necesario coraje para decirle nada a nadie, ni aun cuando se sentía dar un codazo en el estómago, una coz en la espinilla, o notaba en los ojos el dedo de la mano crispada de algún viajero que, afanosa, buscaba asidero.

En estas condiciones, digo, aquel día viajaba el buenazo de don Cándido, quien, en determinado momento, notó sobre su pié izquierdo el peso de otro pié.

Voy a decirle al propietario de este pié — pensó — que haga el favor de retirarlo... pero ¿de quién sería aquél pié?

Buscó a su alrededor y vió a una señora gorda medio sofocada, a un niño, a una joven de unos dieciocho años, y a un uniformado portero de casa grande, que debía pesar sus kilos.

—Sin duda — pensó — será del portero.

Pero... ¿cómo se las iba a componer para hablarle? Hizo buen acopio de ánimo, y luego de esto, sonrióle, estúpidamente, al portero de casa grande. Después, viendo que éste le lanzaba una mirada de pocos amigos, asaz significativa, púsose de pronto más colorado que un pimiento, suspiró como hace quien se entrega a lo inevitable, tajó los ojos y optó por volverse, definitivamente, del lado de la ventanilla.

Cuando paró el autobús, en el sitio en que don Cándido debía apearse, éste quiso descender, pero aquel pié le continuaba presionando sobre el suyo: sin embargo, no se sintió con fuerzas para decirle nada al portero de casa grande. Ni siquiera se atrevió a mirarle y limitóse a continuar contemplando la calle a través de los cristales.

Pensó que lo mejor sería aguardar a que se apease aquel hombre que lo tenía inmovilizado desde hacía tanto rato, liberándolo así el pié, lo que le permitiría apearse a su vez.

El tranvía hizo tres o cuatro pasadas más, pero la presión de aquel pié, sobre su pié izquierdo, continuaba como antes.

Don Cándido se sintió un poco enfermo, se agitó, suspiró profundamente, pero no consiguió vencer su timidez que le tenía amordazado.

En eso, el tranvía hizo otra parada, más larga esta que las anteriores y don Cándido notó sobre sus espaldas algunos golpes. Dejó de mirar por la ventanilla y volvióse raudamente para indagar lo que deseaba de él, la persona que así llamaba su atención. Se trataba del cobrador: «Si desea usted descender, — le dijo éste — hemos llegado al final del trayecto».

Entonces, el buenazo de don Cándido, miró curioso en derredor suyo. En el autobús, aparte de él, del cobrador y del conductor, no quedaba nadie.

El gordo portero de casa grande había ya desaparecido... Don Cándido, lanzó una mirada sobre su pié derecho y comprobó que lo tenía sobre su pié izquierdo. — (P. M. T.).



—Doctor, creo estar sujeta a repentinas alucinaciones... ¡Mientras estoy hablando con mi marido, de pronto me parece que no he de verle más!



—Le agradezco mucho que ya compartido su paraguas conmigo... —No tanto compartir.

(Viene de la 4.ª página)

Los pequeños siguen en el «hall», donde ya que se divierten tanto se les ha permitido permanecer hasta las ocho. Los invitados han llegado a acostumbrarse a su presencia, puesto que participan de ella en cierto modo. Pero llega su hora y acaban por separarse: Beisser, con su blusita de terciopelo azul, vuelve solo al centro del salón, mientras Loreto corre alocadamente detrás de una pareja que pasa bailando, empujándose en cogerle al caballero por el borde del «smoking». Es Max Hergesell con su dama, la señorita Plaichinger. Hergesell con su dama, es un encanto verlos, y preciso es confesar que aun las danzas más bárbaras y desvergonzadas pueden llegar a interesar cuando se bailan de un modo tan perfecto. Hergesell lleva a su pareja maravillosamente, recabando completa independencia de movimientos dentro, naturalmente, de los cánones convenientes. Con cuánta elegancia baila hacia atrás cuando dispone de espacio suficiente. Pero sabe también bailar en un sitio, sosteniéndose con garbo y gentileza, en plena balumba, auxiliado por la flexibilidad de su pareja, que despliega esa gracia admirable de que están a veces dotadas las mujeres corpulentas. Van sumidos en dulce coloquio, con las caras muy juntas y no parecen advertir la presencia de Loreto, que va detrás de ellos. Algunos, que observan la obstinación de la chiquilla, se ríen; es ciertamente el caso muy chusco, y cuando el grupo pasa cerca de Cornelius, trata éste de coger al vuelo a la niña y separarla de los que tan tenazmente persigue. Pero Loreto se desprende casi con violencia de los brazos de su padre; nada quiere con Abel en tan crítico momento. Como si no le conociera, le rechaza, con su bracio extendido, y volviendo su linda y graciosa carita perseverando en su capricho, enervada y llena de obsesión.

El profesor no puede sustraerse a una dolorosa emoción. Despierta en él de pronto un odio contra esa fiesta, cuyos efluvios han turbado el corazón de su adorada pequeña, separándola de él. Su ternura, un poco tendenciosa, un poco discutible en cuanto a su origen, es una ternura quisquillosa. Sonríe maquinalmente; pero se han velado sus ojos y parecen fijarse con obstinación, como alucinados, en los dibujos del tapiz, precisamente bajo los pies de los bailarines.

—Estos niños tienen que ir a acostarse —dice a su mujer.

Pero ella recaba para los pequeños un cuarto de hora de gracia. Se lo ha prometido al verlos disfrutar de la fiesta con tanta alegría. Levanta el profesor la cabeza y sonríe nuevamente; de débilmente un momento todavía y pasa luego al guardarropa atestado de abrigos, chales, sombreros e impermeables. Por fin consigue trabajosamente encontrar sus cosas entre esa balumba y en esto aparece Max enjugándose con el pañuelo su rostro enardecido.

—Señor profesor —le dice con la voz peculiar de familia, inclinándose con la flexibilidad de sus pocos años—, ¿va usted a salir? Qué tormento de zapatos; son inquisitoriales; me están demasiado pequeños; ahora lo veo; me hacen un daño horrible; aquí, en la uña del dedo gordo —dice, sosteniendo sobre un pie, mientras se coge el otro con ambas manos—; no quiera usted saber el rato que me están haciendo pasar; no tengo más remedio que volverme a poner mi calzado de calle, que mal o bien hará también su oficio... Pero ¿quiere usted que le ayude?

—Deje usted, no se moleste; muchas gracias —le contesta Cornelius—. Es usted muy amable, pero prefiero que se libre de su suplicio; por Dios, no se moleste...

El solícito joven ha hincado una rodilla en tierra para abrochar al profesor sus botas de aguas.

El profesor se lo agradece, agradablemente impresionado por tan franca y deferente gentileza.

—Ahora que se ha puesto usted cómodo podrá divertirse mejor; vuelva, vuelva al salón; no le detengo. ¿Y cómo no se le ocurrió antes una cosa tan sencilla? Yo salgo a dar una vuelta; con que hasta la vista.

—Bailaré nuevamente con Loreto —le grita Hergesell—. Será de mujer una bailarina estruendosa, no lo dude usted.

—¿Cree usted? —pregunta Cornelius desde el vestíbulo—. Verdad es que me lo asegura un especialista, nada menos que un campeón; pero prevengase contra una desviación de la espina dorsal si baila mucho con mi hija.

Y haciéndole una seña amistosa con la mano desaparece. «Qué chico tan simpático, va pensando al atravesar el jardín. Abierto de genio, inteligente, futuro ingeniero, apuesto, educadísimo...». Y su envidia de padre vuelve a roerle al pensar en su apobere Albertos, torna su inquietud a mostrar el contraste de las rosas del uno con los abrojos del otro. Y en esta disposición de ánimo emprende su paseo vespertino meditando en sus graves disciplinas, y así, después de un gran rodeo regresa a su casa.

Bajo el pórtico de entrada, Javier parece accharle.

—Señor —le dice, abultando aún más al hablar sus gruesos labios, y echándose hacia atrás una guedeja rebelde—, señor, suba en seguida a ver a Loreto. Valiente perra ha cogido.

—¿Qué ocurre? —exclama el padre, alarmado— ¿Acaso está enferma?

—Enferma precisamente, no; pero vaya una rabeta que ha cogido; lora que se la van a secar los ojos; tiene la culpa ese caballero que ha bailado con ella; ese tipo de «smoking», el señor Hergesell. No quería abandonar la galería y está llorando como un manantial; no hay manera de hacerla callar.

—¡Bah! Pampinas —exclama el profesor, despojándose en el guardarropa de su gabán y sombrero, y sin agregar una palabra más, abre la puerta vidriera, tapizada de paño, que da al «hall»; pasa sin mirar siquiera a las parejas, sube los escalones a grandes trancas, y atravesando la galería del primer piso, entra directamente en el cuarto de los niños, seguido de Javier, que se queda a la puerta.

El dormitorio de los pequeños aún sigue encendido. Un friso abigarrado recubre las paredes. Hay orden: un caballo repisa llena de juguetes en desuso, descansa con su hocico rosa, barnizado de madera curvada, y otros juguetes yacen tirados sobre el linóleo; una trompeta, las piezas de un juego de construcciones, vagones de un tren. Las albas camitas de barandilla están muy

PENAS TEMPRANAS

por Tomás Mann (Premio Nobel de Literatura)

próximas entre sí; la de Loreto, en el rincón de la ventana, y la de Beisser, un poco más allá, en el centro de la pieza.

Beisser duerme. Ha rezado como de costumbre ayudado por el vozarrón de Ana, y luego ha caído como un plomo en su cama con ese sueño letárgico, rojo, ardiente y profundísimo, del que no se despertaría ni a cañonazos. Sus puños, apretados, descansan bajo la almohada a ambos lados de su cabecita, desgredada y aglutinada por ese violento sueño.

El lecho de Loreto está rodeado de mujeres; están allí, además de Ana-Azul, las señoritas Hinterhofer; apoyadas en la barandilla, hablan entre sí, platican con la doncella. Apártanse a un lado para que pase el profesor, que se aproxima al lecho, y entonces puede verse a Loreto sentada, pálida, llorosa y sollozante. Nunca la ha visto así Cornelius. Sus bellas manitas se posan sobre el embozo de la sábana; el camión de dormir, adornado con una estrecha puntilla, se ha bajado, dejando al descubierto uno de los hombros menudos de la niña, delicados y rosáceos como los de una muñeca, y su cabeza, esa cabecita que Cornelius adora porque, con su ligero prognatismo, se asemeja a una flor sostenida por el frágil tallo del cuello, cae desmayada sobre un hombro, y con los ojos arrasados en llanto, mira fijamente la intersección de la pared con el techo, como si viera allí el gran dolor de su alma, que la hace bajar tristemente la cabeza. Po, que bien sea para expresar su aflicción o bien a causa de la sacudida que los sollozos imprimen a su cuerpo, tiene la cabecita en constante conmoción y la boca en continuo temblequeo, entreabierta, el labio superior arqueado, como la viva estampa de una Mater Dolorosa en miniatura. Y mientras de sus ojos manan torrentes de lágrimas, exhala la afidida un quejido monótono en nada semejante a los gritos encorajinados de los niños voluntariosos, puesto que realmente salen de una verdadera desolación del alma. El profesor, que no puede ver llorar a Loreto, y que, además, no la ha visto nunca en tal estado, siente una profunda compasión al par que un violento nerviosismo hacia las señoritas Hinterhofer, a las que dice:

—Bien podían ustedes marcharse a la cocina, donde habrá mucho que hacer para la cena y no dejar todo el trabajo a la señorita.

Y esto es ya lo bastante para los oídos vidriosos de las venidas a menos, las cuales salen del dormitorio muy vejadas y corridas. Lo cual no impide, antes mueve, a Javier a hacerles visajes y morisquetas desde el umbral. El que nunca tuvo nada y no conoció otra vida más holgada, revienta de gozo cada vez que presencia el bochorno de las burguesas arruinadas.

—Mi vida, mi vida —exclama Cornelius, conmovido, estrechando a la niña entre sus brazos.

El profesor se ha sentado muy cerca de ella y le pregunta con anhelo:

—¿Qué tiene mi Loreto; qué la han hecho a mi nena?

Y siente todo su rostro bañado por las lágrimas de la pequeña.

—¡Ay, Abel, Abel!... —balbucea entre sollozos— ¿Por qué... Max... no es mi hermano? Yo quiero...

—Max sea... hermano mío.

—¡Desastre, doloroso desastre! Estas son las consecuencias del dichoso ballico —musita Cornelius, mirando, desconcertado, a Ana-Azul, que, en pie junto al lecho, digna y estúpida, cruza las manos sobre el delantal.

—Lo que ocurre es —dice reposada y sentenciosamente con un mohín del labio inferior— que los instintos femeninos han despertado en esta niña demasiado pronto, con una precocidad demasada violenta para tan tierna edad.

—No siga usted —replica Cornelius, atormentado por esas palabras.

Y el profesor puede, por lo menos, considerarse bien dichoso de que Loreto no le huya, no le rechace ahora como en el «hall»; antes se estreche contra él implorando su socorro, repitiendo ese anhelo descabellado y confuso de que Max sea su hermano, y pidiendo, terca y plañidera, que la dejen seguir bailando con él. Entre tanto, Max baila en el «hall» con la señorita Plaichinger, una mujer formal, que tiene derecho como tal a acapararle ahora, mientras el profesor, llena el alma de piedad por su hija, piensa en que nunca le ha parecido tan minúscula, tan alfenique como ahora, que, convulsa y llorosa, se aprieta contra él, sin poderse explicar lo que ocurre. La criatura ignora por qué sufre. No se le alcanza todavía que la causa de sus pesares es ese guacamayo de señorita Plaichinger, con su legítimo derecho a bailar en el «hall» con Max; en tanto que ella, si ha bailado con Max, ha sido sólo por pura broma, por mera galantería del muchacho, a pesar de ser mucho más bonita que la otra. Mas lo triste del caso es que, a menos de estar locos, nada puede reprochársele al afortunado caballero. El pesar de Loreto es infundado e incurable; ha habido, pues, que ocultarlo, pero da mucha pena verlo por su profunda insensatez y desenfreno. Bien por su sandez o bien por insensibilidad psíquica, Ana-Azul y Javier nada comprenden de esas tribulaciones del corazón de Loreto, que ponen a su padre en el doloroso trance de tener que abochornarse y asustarse ante la explosión de esa ilegítima y fatal pasión.

Y para qué recalcar a la pobre Loreto que tiene en Beisser un hermanito delicioso, en ese niño encantador que duerme allí junto a ella? Buena gana, porque la chiquilla se contenta con lanzar entre sus lágrimas una mirada cargada de color y desprecio hacia la otra camita, sin dejar por eso de pedir obstinadamente el objeto de sus ansias. Es inútil también prometerla que al día siguiente darán con Abel en el comedor «el paseo de los cinco señores» o explicarla los nuevos refi-

namientos con que jugarán «al cojín» antes de comer. No está ella ahora para que hablen de juegos, ni para obedecer, acostándose y durmiéndose. No quiere dormir, sino velar y sufrir... De pronto, los dos, Abel y Loreto, se ven sorprendidos por un suceso extraordinario, que les hace aguzar el oído: pasos dobles que se encaminan hacia la alcoba de los niños y una triunfal aparición en el umbral...

Adviértese luego que esa es la obra de Javier Kleingütl, el cual no ha permanecido ocioso en la puerta, haciendo burla a sus compañeras de servidumbre, sino que concibe rápidamente un plan y lo pone «ipso facto» en práctica: buscar a Max en el «hall», tirarle de la manga, hablarle al oído y subir con él al dormitorio de los niños. Cumplida su misión de traer al causante de la rabeta, Javier torna a quedarse en la puerta pasivo, pero curioso, mientras Max Hergesell, con su sombra de patillas y vestido de «smoking», atraviesa la estancia y se dirige al lecho de la niña, a la que mira algo inquieto con sus bellos ojos negros y profundos, visiblemente penetrado con su papel de príncipe salvador y de «caballero del Cisne», como si dijera: «Heme aquí; por fin, voy a ahuyentar todas las desgracias»; Cornelius está conmovido casi tanto como Loreto.

—Mira, mira quién se acerca —murmura débilmente y casi al oído de su hija—: Hergesell en persona, siempre tan amable y simpático.

—Nada de eso —declina con falsa modestia el aludido—; vengo únicamente por informarme de mi gentil parejita y a despedirme de ella.

Y se aproxima a la barandilla; detrás está Loreto, sentada y silenciosa, sonriendo de beatitud a través de sus lágrimas. Un pequeño grito agudo, casi un suspiro de infinito deleite exhalan aún sus labios, y luego, siempre en silencio, clava en el caballero del Cisne sus doradas pupilas, hinchadas y enrojecidas, mas en todo caso mucho más seductoras que las de la gordiflona Plaichinger. No tiende los brazos hacia el caballero, porque su ventura es tan inconsciente como ha sido su pena. Sus bellas manitas permanecen quietas sobre el embozo, mientras que Hergesell, apoyándose en la barandilla de la cama como en un balcón, exclama protector:

—No quiero que llore más Loreto, y si hago esto es para que nadie la vea

«Pasar entre sollozos sus veladas inquietas».

Y mira luego con el rabllo del ojo al profesor para ver qué efecto de asombro o admiración ha producido en él este alarde de cultura literaria.

—Vamos, vamos —dice luego a Loreto—, tranquilízate, hermosa niña, y duerme en sosiego; quiero consolarle anunciándole que será una mujer de mérito. Sigue como hasta aquí; pero ahora vas a ser buena y a dormirte, Loreto; ¿verdad que vas a dormirte, ahora que ya me has visto?

Loreto le mira, transfigurada. Tiene desnudo su hombro de muñeca, y el profesor sube la camisilla a su sitio. Piensa, a pesar suyo, en la historia sentimental de la mocha moribunda para la que hicieron venir al payaso del circo que tanto la había divertido siempre, con alegría siempre renovada. Personóse el buen hombre ante la niña con sus mejores galas, con grandes y resplandecientes mariposas de plata bordadas en el pecho y la espalda del flamante traje, y la niña murió entre suspiros de honda satisfacción. Pero gracias a Dios, ni Max Hergesell lleva en su traje mariposas bordadas, ni Loreto está tampoco en trance de muerte; no ha tenido más que una tableta de pronóstico, como diría Javier Kleingütl. Por lo demás, trátase de una historia análoga, y lo que experimenta el profesor en presencia del joven Hergesell que sigue acodado en la cama profundamente poseído de salvador llegado a tiempo, y más atentos sus ojos al padre que a la hija, aunque ésta no lo advierta, lo que ahora siente hacia él es una mezcla extraña y confusa de gratitud y bochorno, de odio y admiración.

—Buenas noches, Loreto —se despide, al fin, Hergesell, tendiéndole la mano por encima de la balaustrada, y la linda manita de azucena de la niña desaparece en la manaza roja y rojiza de Max—. Que duermas bien —la desea— y sueñes lo que más te guste; pero no conigo, no, por Dios, a tu edad...

Y así termina su visita ciownesca, y Cornelius le acompaña hasta la puerta.

—¡Nada, nada; hombre, por Dios, ni hablar de ello siquiera! —le objeta al profesor, cortés y generoso, mientras se dirigen juntos hacia la escalera.

Javier le acompaña luego hasta el portal y se va a servir la ensalada rusa.

Cornelius vuelve en seguida junto a Loreto, que se ha acostado nuevamente, esta vez del todo, y está tranquilita, la mejilla dulcemente apoyada sobre la almohada.

—¿Qué tal, Loreto; has visto qué bien? —la dice, subiendo cuidadosamente la ropa de la cama, y la niña afirma con la cabeza y escapa de su boca un suspiro, que es como un último sollozo.

Aún permanece allí el profesor un cuarto de hora largo, aguardando a que se quede dormida como su hermanito, el cual hace ya largo rato que duerme como un bendito. Sus guedejas endrinas y sedefas han tomado ese lindo movimiento de ondulación, como siempre que duerme; el sutil velo de sus largas y rizadas pestañas cubre esos ojos que tanto han llorado, y la boquita rosa de ángel, con el labio superior graciosamente arqueado, sigue entreabierta al bienestar del dulce sosiego, y de tiempo en tiempo, aunque muy separados entre sí, salen a flor de labio algunos suspirillos que aún le quedaban dentro de la pasada congoja.

Sus manitas, albas y rosadas como pétalos de flores, se han dormido una sobre la seda azul del edredón, la otra sobre la almohada, junto a su boca. El corazón del profesor Cornelius siente un gozo inefable, que embriaga como si bebiera.

—¡Qué dicha —piensa— que el Leteo inunde esta alma en su sueño cada vez que respira; qué inmensa dicha que la noche abra un abismo tan profundo entre el ayer y el mañana! De fijo que mañana el joven Hergesell se habrá convertido en una sombra impotente para turbar este corazón de niña, y ella, con su alegría olvidadiza, se podrá a jugar con Abel y Beisser al «paseo de los cinco señores» y al juego divertido y apasionante del almohadón.

Bendito sea Dios, mil veces bendito y alabado.



—Dígame, camarero: ¿lleva todavía? —Perdone el señor, no sirvo en esta mesa.



El comerciante (al cliente enfurecido): —No he dicho jamás que esta loción haga crecer los cabellos: ¡Los fortifica; esto es todo!



EL EXPLORADOR —Nos moríamos de sed en medio del desierto cuando descubrí una botella de whisky... —¿Pero no había arroyos ni ríos? —¡Estábamos muy débiles para pensar en bañarnos!

Columna del novel

FELICIDADES

— I —

Unos ojos divinos recuerdo unos ojos de cielo y piedad, ojos claros con gloria de Santa que miraban al mundo en su altar. Unos ojos de gracia vestidos con amor en su fondo moral, y con brillo de joven doncella ardorosa, voluble y faiz, admiraban mi alma poeta al contraste de pompa y deidad y brotaba delirio de versos de mi pecho flechado de azar.

— II —

Son tus ojos de amor Catalina los que veo en recuerdo lucir que hacen dulce trocito de cielo el color verde-azul de su abri, y entristecen tal vez otros que muy lejos se acuerdan de ti; son tus ojos que evoca mi alma, añorando el solar mallorquín que adornabas, cual flor de las flores con fervores de ensueño feliz, la bondad y la fe inmarcesible que la Santa sintiera al morir.

— III —

En tu día feliz Catalina felicito tu gloria y candor, en tu mundo dorado de ensueño permanezca sin fin tu ilusión y rebosen tus ojos alegres con donaire, chispitas de sol... Yo en mi mundo sollozo recordos que no saben dulzura de amor... pero tiene dulzura de bello recordar un ayer, siempre hoy que tu fiesta me arrulla al oído: «Es lo bello el espejo de Dios».

Pedro TORRES

AVES Y COPLAS

Era una tarde de nubes redondas, en el cielo aves en la tierra coplas.

Andaba un esfinge vestido de sombras, detrás de una rosa con sayas de frondas.

¡Que dulce fragancia llevas en tus hojald déjame que libe: atíendeme hermosa, —decía el esfinge a la fresca rosa—.

Déjame importuno que soy una moza ¡Que mira un camino! vigila una alondra, sonrío un ruolino, suspira una choza.

Susurró el astuto yo no sé que cosa; quizá le clavó espinas la rosa, que se fué llorando sonriendo la moza.

Que bella la tarde de nubes redondas, en el cielo aves en la tierras coplas una rosa bella con sayas de frondas.

«IGUAL»

Penas tempranas

por **Thomás Mann** (Premio Nobel de Literatura)

Cornelius, el profesor de historia repasa en su habitación la lección que dará en la Universidad. Quiere dejarla bien perfilada, porque sus hijos han obtenido permiso para celebrar en casa una fiesta con sus amigos.

Mientras tendido en el lecho reposa el almuerzo, oye varias veces el timbre de la verja del jardín, y a cada nueva llamada siente como un ligero pinchazo de emoción, de espera y de angustia al pensar en que ya el «hall» estará llenándose de invitados. Es siempre la misma sonrisa emocionada, el mismo nerviosismo, a que se mezcla cierto placer; porque, ¿cómo va a pensarse sin deleite en una fiesta? A las cinco se levanta y va a refrescarse al lavabo. La jofaina lleva ya rota un año; es una jofaina basculante, cuya bisagra está desprendida por un lado; no ha sido posible componerla por falta de obreros ni reemplazarla porque ya las fábricas no fabrican ese modelo. Ha habido, pues, que atarla de cualquier modo sobre el cubo, y para vaciarla hay que levantarla con ambas manos y verter el agua por completo. Cornelius meneaba la cabeza al mirar esa ruina de lavabo, lo que le acontece varias veces al día, y luego se asea y acicala con detenimiento; limpia cuidadosamente los cristales de sus quevedos a la luz del balcón y por fin baja al comedor.

Y al bajar oye el vocerío y las notas del gramófono y su rostro adquiere una expresión de cortesía mundana; que nadie se mueva, háganme el favor de no molestarme, piensa decirles al entrar en el comedor a tomar el té, y esta frase de salutación le parece la más apropiada a las circunstancias, jovial y cortés para los otros y para él mismo una coraza.

Se ha encendido el «hall»; lucen todas las bujías eléctricas de la araña, a excepción de una, cuya ampolla está fundida. Cornelius se ha parado en uno de los últimos peldaños de la escalera y pasa complacido los ojos por el «hall». No deja éste de ofrecer cierto aspecto de elegancia, con todas las luces encendidas y la copia de un cuadro de Marees sobre la chimenea de azulejos y los revestimientos de madera blanca y la alfombra roja, sobre la que se agrupan los invitados, alegres y locuaces, sosteniendo en sus manos las tazas de té o los «sandwich» untados de mantequilla de anchoas. Una atmósfera de fiesta llena el «hall» y un suave perfume de telas, cabelleras y alientos es como relente característico y cargado de agradables recuerdos. La puerta del guardarropa está abierta; llegan nuevos invitados.

Al pronto todo es confusión y desorden y el profesor no ve más que el conjunto, sin distinguir siquiera a Ingrida (su hija mayor) con traje de seda oscuro, un plisado de tul en el escote, los brazos desnudos, que está allí muy cerca de él, al pie de la escalera, hablando con algunos amigos. La muchacha le envía una seña y una sonrisa de sus bellos dientes: «¿Has descansado bien?» le pregunta en voz baja e íntima. Luego vienen las presentaciones de rigor.

—El señor Zuber... La señorita Plaichinger. El señor Zuber es un muchacho de aspecto delicado y enclenque, no así la señorita Plaichinger, que es una alemanota rubia, de carnes blancas y exuberantes, pero muy cursi y con la nariz remangada y la voz de falsete, que suele acompañar a las hembras corpulentas; así por lo menos lo revela con sus respuestas a la galanterías que le dirige el profesor.

—¡Oh, señorita; sea usted muy bien venida a esta casa; es muy amable y gentil en honrarla con su visita!... Son ustedes amiguitas del Liceo, ¿no es eso?

Zuber es el compañero de juegos de Ingrida en el Club de Golf. Es un muchacho ya metido en los negocios, que está además empleado en la cervecería de su tío, y con este motivo el profesor le gasta bromas sobre la mala calidad de la cerveza, afectando exagerar desmesuradamente la culpa en ello del joven Zuber.

—En fin, pollo, no quiero molestarle, siga usted con las chicas — le dice el profesor, y se dirige luego hacia el comedor.

Exclama Ingrida:

—Gracias a Dios, ya tenemos aquí a Marx. ¡Hola hombre! Cada vez estás más alto; pareces una chimenea; qué tarde vienes a tomar parte en nuestros juegos y risas.

Toda esa gente joven se tutea y sus maneras no dejan de desconcertar a sus padres; ni un asomo

de modales finos, de galantería ni de convencionalismos mundanos.

Un muchacho con chaleco escotado y una estrecha corbata de etiqueta sale del guardarropa, y adelantándose hacia la escalera saluda. Es un chico moreno, aunque de buen color, barbilampiño, con un asomo de patillas; es, en realidad, un guapo mozo, mas no con esa belleza empalagosa y ridícula de los violinistas húngaros, sino de una apostura agradable, corseta y seductora y unos expresivos ojos negros. Lleva el «smoking» con poca soltura.

—Vamos, Cornelia, no te enfades. Las malditas clases...

Ingrida se lo presenta a su padre:

—Mi amigo Marx Hergesell.

Y el muchacho dirige al profesor, que le estrecha la mano, amables frases de agradecimiento por su gentil invitación.

—Llego con retraso — dice —. He tenido clase hasta las cuatro y luego he tenido que ir a casa a vestirme.

Habla luego de sus zapatos de baile, que le han hecho sudar tinta para ponérselos en el guardarropa.

—Los he traído en el maletín, porque no era cosa de estropear estas alfombras con el calzado de calle. Pero con las prisas se me olvidó meter en el saco el calzador, y me he visto negro para ponérmelos. Qué guerra me han dado los condenados; nunca me han salido unos zapatos tan estrechos ni tan duros; mire usted, no parecen de cuero, sino de hierro; me he estropeado el índice.

Y muestra al profesor su índice, aún enrojecido por la faena, repitiendo que ha sido bien pensosa y antipática. Entonces advierte el profesor lo bien que Ingrida imita su voz gangosa, que arrastra las sílabas, aunque lo hace sin ninguna afectación, antes con la naturalidad propia de todos los Hergesells.

El profesor Cornelius se lamenta de que no hayan puesto un calzador en el tocador, manifestando toda la simpatía que le inspira aquel pobre índice dolorido.

—En fin, le dejo a usted en completa libertad de movimiento. Haga usted como si estuviera en su casa. Hasta luego — y atravesando el «hall» penetra en el comedor.

También hay allí invitados. Se han puesto los tableros a la mesa familiar para servir en ella el té. Pero el profesor se dirige resueltamente al rincón forrado de tapices bordados donde a la luz de una claraboya especial acostumbra a tomar el té en una mesita redonda. Allí está su mujer en animado coloquio con Alberto y otros dos jóvenes. Uno de ellos es Herzl, y como Cornelius le conoce, le saluda directamente. El otro chico es un tal Moeller — algo así como un explorador que, por lo visto, no tiene ni quiere tener trajes de etiqueta (cosas que ya no se estiman) —, un mozo que no quiere dárseles de señorito (cosa que también va cayendo en desuso). Lleva una blusa con cinturón, pantalón corto, espesa cabellera; tiene cuello de jirafa y gasta quevedos de concha. Está empleado en una casa de banca; éstas son las noticias que tiene el profesor; pero el chico es además un artista folklórico, que ha coleccionado y canta un gran repertorio de canciones populares de todos los países y en todas las lenguas. Habiéndosele rogado que trajera su guitarra, la ha traído y allí está esperando en el guardarropa dentro de su funda de hule.

El actor Herzl es un hombre pequeño y endeble, pero de un sistema capilar exuberante y negro que se transparenta bajo los afeites. Sus ojos son enormes, ardientes y llenos de una profunda melancolía. Echase pronto de ver que después de afeitado y copiosamente empolvado, se ha untado en la piel un poco de carmín, porque la encarnación pálido-carminosa de sus pómulos salta a la vista que es de origen cosmético. «¿Qué extravagante», piensa el profesor. Más natural sería optar por la melancolía o por el maquillaje; pero las dos cosas juntas se están dando de cachetes psicológicamente. ¿Cómo podría pensar en maquillarse un hipocóndrico? Y, sin embargo, la extraña y singular particularidad de los artistas hace posible esta contradicción y que ésta sea su verdadero carácter. En todo caso no deja de ser muy interesante, y como, por otra parte, lo cortés no quita lo valiente, ¿no toma usted un vaso de limón, señor actor de la Corte?, le invita gentilmente el profesor.

Ya no hay actores de Corte, pero a Herzl, por muy artista revolucionario que sea, le halaga que le den ese título. Y esta es otra de las contradicciones inherentes a su psicología. El profesor está en lo firme suponiendo esa contradicción, y si procura adular al joven comediante lo hace como un deber de conciencia por la secreta repulsión que le ha causado el tinte carminoso de sus mejillas.

—Muchas gracias, señor profesor — dice Herzl, tan atónito y cortado, que sólo su gran locuacidad de comediante impide que se le enrede la lengua.

Su actitud hacia sus anfitriones, pero especialmente hacia el profesor, nada deja que desear en cuanto a respeto y comedimiento; sus ademanes son de una cortesía exagerada, casi servil. Parece algo cohibido a causa del colorote que ha creído necesario ponerse, pero del que está ya arrepentido, sobre todo cuando le mira el profesor, y ese aire de extrema humildad que muestra ahora no es sino un esfuerzo para hacerse admitir entre personas sin afeites.

La mesa de los invitados se ha desocupado ya; los muchachos bailan en el «hall»; los pequeños hacen en él también su ruidosa aparición, y el profesor se retira.

—Que se diviertan ustedes mucho — les dice a Herzl y a Moeller, que se han levantado de un salto, apretándose la mano.

Y después se mete en su despacho, donde, echando las cortinas y encendiendo la lámpara eléctrica sobre su mesa se pone a trabajar.

Al cabo de media hora se le ocurre que lo menos que puede hacer para mostrarse galante con

los muchachos es ofrecerles una caja de cigarrillos. «No está bien que los chicos se estén fumando su tabaco, piensa el profesor, aunque ellos no hayan quizá parado mientes en ello». Entra, pues, en el comedor, desierto a la sazón, y saca del cajón del aparador una cajetilla de su reserva, no de los mejores ni preferidos, sino de una clase algo larga y delgada de cigarrillos, que no le hacen muy feliz, pero que son excelentes para esta ocasión; después de todo qué saben los chicos, tan ricos como les sabrán. Lléalos, pues, al «hall», y blandiéndolos en el aire los deja sobre la chimenea y desaparece en seguida, después de echar una ojeada en torno suyo.

El baile hace un momento que ha cesado y la gramola guarda silencio. Grupos de invitados, unos de pie y otros sentados, charlan y bromean a lo largo de las paredes del «hall», cerca de la mesa, delante de las ventanas, junto a los sillones a ambos lados de la chimenea. La gente joven se ha sentado, formando un semicírculo que se abre hasta la alfombra de terciopelo, algo rajadilla ya, de los primeros peldaños de la escalera. Max Hergesell conversa con la boyante señorita Plaichinger, de voz chillona y antipática; ella le mira y él la habla medio acostado en tierra, con un codo apoyado detrás de sí sobre el escalón inmediato y subrayando las palabras con los ademanes de la otra mano. El centro de la habitación está vacío, sin embargo; debajo de la araña los dos pequeños, vestidos de terciopelo azul, se empeñan en bailar torpemente enlazados, muy absortos y sin prisas. Cuando pasan junto a Cornelius éste se inclina y les acaricia las doradas guedejas, diciéndoles alguna que otra palabra de cariño, que ni siquiera oyen los niños en el entusiasmo de su baile. Mas al llegar a la puerta divisiva a Max Hergesell, que ha debido comprender el gesto del profesor, porque, incorporándose inmediatamente, se dirige rápido hacia Loreto, a la que separa de los brazos de su hermano, para ponerse a bailar con ella sin música y de una manera por todo extremo ridícula. La pareja de la niña tiene que agacharse como el mismo Cornelius cuando juega con sus hijos, doblando profundamente las rodillas y haciendo grandes esfuerzos por llevarla



Max Hergesell con su sombra de patillas y su traje de smoking

Por lo demás, es muy aficionado a los niños, y los quiere, y ese es un rasgo simpático de su carácter entre otros muchos. Con sumo agrado y gentileza juega con los dos niños más pequeños en el jardín, cortándoles o reconstruyéndoles habil y oportunamente mil juguetes, les enseña a leer en su libro de estampas, deleitando con sus ojos y abultados labios, escena que se repite con frecuencia y que es muy agradable de presenciar. Pero su alma y sus sentidos todos pertenecen al «ciné», observándose luego en él los efectos de la película que ha visto; traducidos en una tendencia a la melancolía, a la nostalgia y al monólogo. En el fondo abriga la esperanza remota y vaga de ser actor cinematográfico y como tal realizar grandes proezas, esperanza que él basa en su larga melena y en su destreza y agilidad corporales. No es raro verle encaramarse al Fresno del jardín, un árbol bastante alto, pero que se dobla con un soplo; va trepando de rama en rama hasta la copa y da miedo verle cimbrarse. Llegado a la cima, enciende un cigarrillo, se columpia, haciendo temblar hasta las raíces del esbelto Fresno; y busca con los ojos al director de alguna Empresa cinematográfica que su suerte pudiera depararle en tan heroico momento, porque es seguro que habría de contratarle.

Con sólo endosar una americana en lugar de su chaquetilla rayada, podría asistir él también al baile, del que no habían de echarle seguramente. Los amigos de sus señoritos no son todos ningún dechado de elegancia; hay allí de todo, con su correspondiente mezcla, porque si bien el traje de etiqueta luce bien en algunos, otros no lo llevan o se les despega. Tipos como Moeller, el cantante, no es raro encontrarlos de uno u otro sexo. En pie, junto al sillón que ocupa su mujer, el profesor contempla la reunión; en las neas generales y por ciertas confidencias conoce la posición social de esa generación joven; hay allí alumnas del Liceo, muchachas estudiantas, jóvenes artistas decaídas, y en cuanto la presentación viril de la sociedad pululan por el salón tipos de aventureros, fruto genuino y primitivo de nuestra época. Aquel muchacho del alfiler de perlas es el hijo de un dentista que especula ya en la Bolsa, así, de buenas a primeras, y según le han contado al profesor lleva una vida fastuosa, algo así como la de Aladino, con su lámpara maravillosa. Es dueño de un magnífico automóvil; con frecuencia invita a cenar a sus amigos, francachelas en las que corre abundante el champán, y gusta de regalarles, con cualquier pretexto, recuerdos y chucherías valiosos, de oro o de nácar. Hoy también ha traído algunos regalitos a los hijos del profesor: a Alberto, un lápiz automático de oro; a Ingrida, un par de aros enormes para las orejas, zarcillos de un tamaño bárbaro, que gracias a Dios no tendrán que atravesar los lóbulos, sino que se fijan por un muelle. Los mayores se acercan, entre risas y bromas, a sus padres para mostrarles los regalos, y éstos dan pruebas de admiración, claras y visibles, que, advertidas por Aladino, allá en el fondo del salón, le obligan a inclinarse repetidas veces, ufano y ceremonioso.

La juventud danza adorosamente, si puede llamarse lo que allí se efectúa con tan plena abnegación. Es de ver cómo se deslizan los jóvenes parejas, grotescamente enlazadas, en actitudes modernistas, sacando el vientre, levantando los hombros con suave contoneo de cadáveres avanzan lentamente sobre la alfombra, como si me a reglas misteriosas del ritmo, sin fatiga alguna, porque bailando así nadie se fatiga. No es raro ver bailar parejas del mismo sexo; que más dá; la cuestión es mover las piernas. Bailan, pues, a los sonos del gramófono, el que se ponen gruesas agujas para aumentar la sonoridad, y el aparato no se cansa de producir «shimmys», «fox-trotts», «onestepps», «dobles-shimmys», «fox-trotts», «onestepps», «dobles-shimmys» africanos, javas, habaneras, bailar más bailes salvajes y grotescos, ora lánguidos, ora eúritmicos como un paso militar, divertimiento de la gente de color y cuya monotonía aplastante corta la orquesta con el estruendo de sus instrumentos, que así espolean a los bailarines como atormentan los oídos de los pacíficos oyentes.

—¿Qué disco es ese que acaban de tocar? pregunta Cornelius a Ingrida, al pasar junto al brazo del pálido especulador de Bolsa.

Es una pieza original, lánguida y pujante, a par, que le ha gustado, en cierto modo, al profesor por su originalidad.

—El príncipe de Pappenheim: «Consuelata la niña» — contesta la muchacha, dejando tras amable sonrisa, la nieve de sus dientes.

El humo de los cigarrillos flota bajo la araña, seco y dulce, denso, nervante, rico de aromas, que encierra para todos los hombres, todo si han pasado una juventud romántica, recuerdo de tantas penas de corazones juveniles.

(Continúa en tercera página)



La pareja de la niña tiene que agacharse como el mismo Cornelius cuando juega con sus hijos...

bien, da algunos pasos de «shimmy» con la muchacha, que está confusa y avergonzada. Los espectadores celebran esta escena con grandes risas y algazara. Esta es la señal de volver a poner en marcha el gramófono y reanudar el baile. Con la mano en el picaporte de la puerta el profesor los mira un momento; una alegría interna le sacude los hombros y aprobando el espectáculo que presencia con elocuentes gestos de su cabeza vuelve a entrar en su despacho. La sonrisa se dibuja todavía en sus labios durante algunos minutos.

Vuelve a leer y escribir bajo la lámpara, despachando así algunos pequeños trabajos sin importancia. No tarda, sin embargo, en oír cómo los invitados abandonan el «hall» y pasan al gabinete de su mujer, que comunica con aquél y con su despacho. Oye el murmullo de las conversaciones y a intervalos una guitarra, que están afinando, sin duda, Moeller va a cantar. El joven empleado canta con una potente voz de bajo, acompañado por los vibrantes acordes de la guitarra, una canción en lengua extranjera, que bien pudiera ser sueco. El profesor no tiene tiempo de cerciorarse de ello, porque ya ha cesado el canto entre entusiásticos aplausos. La doble puerta del salón amortigua los ruidos, y así, al comenzar otra pieza, Cornelius penetra discretamente en la habitación contigua donde se ha suscitado una animada tertulia literario musical en torno a la señora Cornelius.

Está la dama observando la fiesta, y de tiempo en tiempo sus hijos mayores u otros jóvenes se acercan a ella. Deténesse Cornelius, y él también mira, sonriente y complacido, la animación, que parece haber llegado a su apogeo. Pero la fiesta tiene también otros espectadores, los sirvientes: Ana-Azul, estúpida y encerrada en hosco mutismo, de pie en la escalera, manteniéndose rígida y alerta, vigilando a los pequeños; las señoritas Hinterhofer y Javier que están en pie, cerca de la puerta de la cocina, entretenidas en contemplar el espectáculo.

El joven Javier, es un atolondrado y un tarambana, aparte sus buenas y raras cualidades serviciales, que sus amos no le regatean y son los primeros en reconocerle sinceramente; mas con todo, tiene siempre la cabeza a pájaros.



Cornelius, el profesor de historia, repasa en su habitación...